

La leyenda del Santo Bebedor de Joseph Roth

Comerse un saco lleno de sal

Myriam Moscona

Una fotografía de juventud de Joseph Roth nos muestra un rostro despejado, algo orejón, en franco camino a la calvicie. El joven viste formalmente. Lleva suéter oscuro, saco de lana, camisa blanca. El nudo de la corbata coincide en línea recta hacia arriba con la mitad del rostro donde la barba visiblemente se parte en dos. El joven tiene bolsas en los ojos, muy prominentes. El efecto le produce una increíble sombra contrastada con los ojos azules y las pestañas curvas y largas en medio de una expresión indefinible. Una sonrisa bribona, indefensa, quizás irónica. A estas alturas Roth aún está lleno de energía aunque no es un jovencito. Ya ha vivido una secuela de hechos que lo han dejado listo para el delirio. Su muerte a los cuarenta y seis años será, en parte, consecuencia de situaciones existenciales, excesos de coñac, ajeno, aguardiente y *pernod*, acompañado de los hechos sufridos de su tiempo como el escritor judío que fue en una de las zonas más peligrosas de Europa. Exiliado en París, el escritor había encontrado su lugar de residencia en el Hotel Fournot, demolido ante su absoluta indefensión, ese mismo hotel en el que Rilke y Hegel fueron huéspedes pasajeros, no como Roth quien pasó entre esas paredes una década de pensamientos recurrentes, noches interminables o días invertidos que para recán gobernarlo. El alcohol le abrió la puerta a un mundo de fascinaciones y amenazas. Puertas giratorias de las que no pudo volver a librarse. “Turbación pasajera de las potencias” dice el diccionario de la embriaguez. La permanencia de ese estado “pasajero” (aunque lo

único pasajero en Roth fue la sobriedad), solía vivirlo con un talento memorable, parecido al que volcó en la escritura. Considerado uno de los mejores creadores literarios en alemán del siglo xx, su *Hotel Savoy* comenzó a recibir una buena atención crítica. Él concebía esa novela como su primera obra, pues la anterior, *La tela de araña*, él mismo la tildaba de “fallida”.

A pesar del alcohol, no podría decirse que Roth desperdició su vida o su dotes. A los cuarenta y seis tenía ya más de treinta publicaciones que logró reunir en dieciséis años: de 1923 (tiempo en que dio a conocer por entregas esa novela malograda), hasta *La leyenda del Santo Bebedor*, publicada pocos meses después de su muerte en 1939.

Un retrato en tinta china, realizado por un dibujante un mes antes de su muerte (a Roth le gustó mucho ese retrato), consigna una descripción agregada al dibujo por la propia mano de Roth: “Así soy en verdad: malo, borracho pero inteligente”. El dibujo forma parte de varias ediciones de la memorable *La leyenda del Santo Bebedor*, historia de Andreas Kartak, un *clochard* que duerme bajo distintos puentes del Sena en París.

En ese escenario arranca la historia de ficción que se entremezcla con la de su propia vida como nos lo hace saber en una biografía memorable, Soma Morgenstern, su amigo inseparable.

La leyenda nos describe uno de esos puentes en donde, en una tarde de verano de 1934, se encuentra el tal Andreas Kartak con un desconocido que le ofrece

doscientos francos, pero Andreas, un vagabundo con alto sentido de la honra, se niega a estirar la mano y recibir esa suma descomunal para su pobreza. Con un sutil sentido del humor le explica al caballero: “No puedo aceptar el dinero que me ofrece por varias razones: en primer lugar porque no tengo el placer de conocerle, en segundo lugar, porque no sé cómo ni cuándo podría devolvérselo y en tercer lugar, porque usted tampoco tiene la posibilidad de reclamármelo, al carecer yo de domicilio fijo (...) como ya le he dicho soy un hombre de honor”. Debemos reparar como lectores en esta primera aparición de la palabra “honor”, uno de los ejes horizontales que atraviesan la obra.

Después de discutir unos momentos, el enigmático caballero le propone un camino: cuando pueda juntar el dinero deberá ir a la iglesia Saint Marie de Batignolles y entregar la suma en manos del sacerdote después de oficiar la misa. “Suponiendo que adeuda usted el dinero, se lo debe a Santa Teresita”. Al ver que el otro lo reconoce como una persona de honor, entonces ya está en condiciones de aceptar. Le tomará un rato entender que le ha ocurrido un milagro, un auténtico milagro. Tenemos aquí los dos primeros elementos de esta parábola: el carácter divino de los sucesos y la presencia de una ética que recorrerá el relato hasta el final. Andreas quiere lavarse, física y metafóricamente. Se dispone a arrancarse la ropa vieja y maloliente, desea conectarse con el mundo, reconocer sus coordenadas. Es así como en un puesto de periódicos ve la fecha del día. Es un j u e ves. Ah, como el día que nació. En ese momento decreta que es su cumpleaños: un vagabundo en pleno renacimiento. El milagro lo devuelve al flujo de la humanidad y como un día festivo merece celebrarse va a dar a una taberna, especie de primera estación de un viacucis lleno de subidas y bajadas, donde los paraísos pasajeros se rompen ante el peso de una realidad ingobernable. Las estaciones por lo pronto son de gozo. ¡Cómo no!, si por fin llega a un sitio donde será atendido a cuerpo de rey. De pronto, se ve reflejado en el espejo, como si volviera a conocerse después de tantos años. Su aspecto lo asusta. Hace cuánto que nadie le devolvía una imagen de sí mismo. Se notan demasiado las huellas del destino de un hombre viviendo a la deriva. Acude al barbero y sólo así regresa con más confianza a la taberna. Lo descubrirá enseguida un hombre que le propone ganarse unos centavos por un trabajo inmediato. Andreas vuelve a repetir “soy un hombre de honor”. Uno paga la primera ronda, el otro la segunda. Comienza entonces el principio de vaivenes en que veremos a Andreas dormir con prostitutas, deambular entre hoteles, repetirse a sí mismo: “tengo una cita de honor”. Allí la

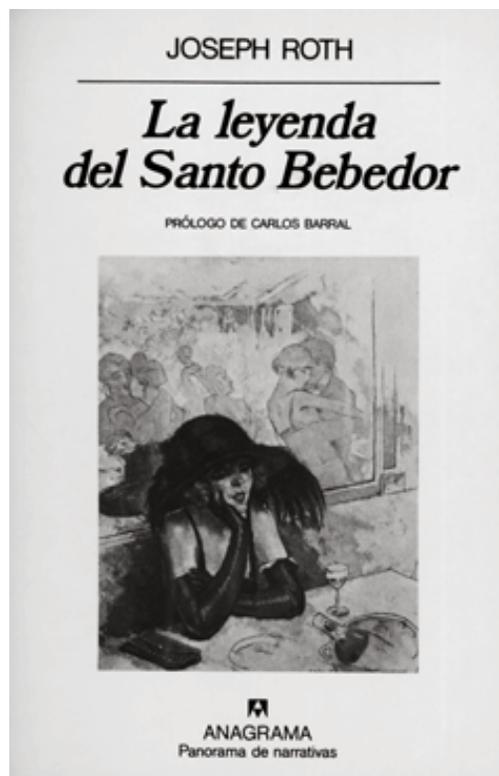
Santa, Teresita de Lisieux, será testigo de la cancelación de su deuda.

Ocurrirá un imprevisto tras otro, Andreas será desviado por los encuentros sucesivos con mujeres, funciones de cine, viejos amigos como “comparsas fantasmales”, rondas de ajenjo en las que el vagabundo perderá la noción del tiempo. Se abrirá ante el lector una metáfora del sinsentido de su existencia personal pero también de la Europa de los años treinta, con el fascismo triunfando y el *Führer* electo ante una Alemania envenenada.

Detengamos el relato en este momento y volteemos la mirada de la vida de Andreas Kartak hacia la de Joseph Roth. Su íntimo amigo, el escritor Soma Morgenstern, de la Viena de entreguerras, con quien compartió un destino trágico pero también días y noches de aventura, escribió *Huida y fin de Joseph Roth* (Pretextos, 2000) una de las biografías fundamentales sobre la vida convulsa del gran escritor nacido en Brody, antiguo imperio austrohúngaro, siete años antes de terminado el siglo XIX. Cuenta Morgenstern en esa obra magnífica que una tarde, mientras Roth esperaba el envío de una suma que nunca llegó, le dijo, como si estuviera dictando un aforismo: “el hombre está mal hecho. Tendría que estar constituido de tal modo que, en el momento en que gasta su último franco, su corazón se pare”. Era un día de verano. Ninguno de los dos llevaba un centavo cuando Roth recordó una entrevista que



Joseph Roth



había concedido a un periódico de izquierda con la condición de cobrar por ella. Llegó a la sede del diario, los atendió el poeta Louis Aragon que admiraba a Roth: lo conocía lo suficiente como para recibirlo con una botella de coñac. Roth, como de pasada y en broma, mencionó el asunto de la entrevista impagada y en cosa de minutos Aragon arregló que le entregaran un sobre. “Nos despedimos y tomamos la escalera, dignos como dos diplomáticos, hacia la calle. Afuera, uno de los diplomáticos, después de que hubo rasgado el sobre y contado el contenido, comenzó a bailar (...) Eran mil francos. No era gran cosa, pero para un refugiado como yo, era una suma considerable. Con treinta francos vivía yo un mes”. Después fueron a celebrar.

Refiere Soma Morgenstern que siempre Roth le echaba en cara “¿otra vez tienes que comer?, ¡pero si comiste ayer! Siempre que íbamos con amigos pedía un pequeño entrante que tampoco le gustaba y luego bebía mientras los demás comíamos”. Soma nos hace ver que ahí mismo, en esa mesa, se apareció un refugiado conocido, un poeta. Permaneció con ellos durante unos tres coñacs. Cuando estaba por despedirse, Roth le tomó la mano y le preguntó si necesitaba dinero. “El primer billete de cien francos había volado”. No es necesario detallar aquí cómo desaparecieron los subsiguientes pero el caso es que

antes del anochecer sólo le restaban dos papeles. Uno de cien y otro de cincuenta francos.

Volvamos al relato del santo bebedor porque nos espera el arco que une la historia de ficción con las huellas de Roth. Ahora encontramos a Andreas con un viejo amor que el destino le ha devuelto. Comen y beben después de años de ausencia en una taberna más. Al pagar, Andreas se da cuenta: ya no tiene completa la suma que debe a la Santa, pero le suceden tantos milagros —piensa— que seguro la semana siguiente volverá a reunir el total de su deuda. Él, que jamás había concedido importancia al valor del dinero, comienza ahora a estimarlo. Después de dormir con esa vieja amante, al día siguiente, ya solo, reconoce la urgencia de reflexionar sobre este cambio de actitud. No se puede pensar profundamente así, en seco. Requiere para ello una copa de ajeno y varias más. Se suceden las horas del día y de la noche cuando otro milagro pondrá en sus manos mil francos más, cinco veces la suma entregada por aquel enigmático gentilhombre en el principio del relato. Es el momento ideal para dirigirse a la iglesia y visitar a Santa Teresita pero nuevamente se entrecruzan los sucesos que además de llevarlo a gastar en comida y bebida —pues él también merece pasarla como la gente acomodada que circula por los bulevares de París—, lo conducirán al cine. El cartel anuncia la historia de un hombre que pretende perderse en una exótica aventura. Al salir, Andreas verifica: tiene novecientos ochenta francos, una cantidad inimaginable. Se ve atrapado en un hotel de lujo, en los brazos de una muchacha a quien consiente llevándola a comer y a beber la noche entera. No van a cualquier sitio sino a Fontainebleu, donde se divierte la burguesía. Todas esas jornadas lo dejan casi en la miseria. Ya cerca del domingo vuelve a las puertas de Sainte Marie de Batignolles, pero “quiso la providencia —o el azar— como dirían las personas menos creyentes”, que una vez más Andreas llegara un poco después de la misa de diez. Tuvo que esperar y nada más natural que volver al bistro. Allí contó el dinero. Después de semejante noche le sobraban sólo doscientos cincuenta francos. La breve historia adquiere hacia el final una velocidad eléctrica, entre un amigo que lo engaña, nuevos días de ajeno, deudas adquiridas en la taberna, el reencuentro con el caballero enigmático que vuelve a darle doscientos francos y ahora sí, la necesidad imperiosa de volver a la iglesia, adentrarse, encontrarse con la Santa y concluir este periplo. Estamos en el desenlace cuando aparece una joven muchacha de nombre Teresa, a quien el joven Andreas saluda en el bistro cercano a Sainte Marie de Batignolles, en medio de un delirio de alcohol que le traslapa la realidad y le hace ver en su rostro a la Santa, la hermosa madona a quien le profesa tanto amor.

Según parece, Joseph Roth no se permitió una sola gota de alcohol durante la escritura de la apasionante novela *La leyenda del Santo Bebedor*.

Al intercambiar unas palabras con la joven, ahogado, se desploma. Aún alcanzan a atenderlo vivo, lo llevan a un lugar más silencioso, a la sacristía de la iglesia, justo enfrente del bistro, pero lamentablemente él ya no es capaz de hablar, tan sólo hace un gesto, el de meter la mano al bolso de la chaqueta. Alcanza a murmurar sólo al final, en plena agonía, en plena ascensión, el nombre de la Santa. La llama “señorita Teresa” y con ese último suspiro Andreas Kartak deja este mundo.

El relato concluye con unas palabras que no salen del espacio de la ficción. Claramente se trata de la voz de Joseph Roth que clama para sí mismo: Denos Dios a todos nosotros, bebedores, tan liviana y hermosa muerte.

Para entender mejor la relación de Roth con la realidad acudamos a las palabras de Soma Morgenstern quien nos trae a cuento un refrán chino. *Tener amistad de por vida con un hombre significa comerse, con él, un saco lleno de sal*. “Tras su muerte — dice su biógrafo— me dejó algunos saquitos más”. Y cuenta una anécdota que pinta a Joseph Roth de cuerpo entero como el amigo divertido y terrible que aún después de muerto siguió picándole atrás del hombro.

Durante su entierro, varias personas llegaron a ofrecerle condolencias, como si se tratara de un hermano. (Lo era). Entre ellas un hombre vienés rico y refinado llamado Stefan Heller. “Nada cambiará entre nosotros” le expresa con un abrazo solidario en el momento de irlo a saludar. “¿Y por qué habría de cambiar nuestra relación?” le responde con extrañeza Morgenstern. “Se lo diré a usted en otra ocasión”. Y en efecto, se encontraron una semana después. En el curso de la conversación sobre su difunto amigo, salió a relucir que en toda su estancia en París, es decir durante trece meses, recibía Roth de parte del señor Heller una suma de dinero “para ayudar a sostener a Soma Morgenstern”. “¿A sostenerme a mí? Fue la primera vez — escribe— que me reí después de la muerte de Joseph Roth. Tan desenfrenadamente me reí que el buen hombre tuvo que reír conmigo. Cuando me calmé le conté lo siguiente: vine a París en 1938. A primeros de abril, Roth me propuso hacer una caja común. ‘Sería un buen negocio para mí, a veces gastas en un día lo que yo en un mes. ¡Cómo vamos a hacer caja común!’. ‘Si lo hacemos gastarás tanto como yo!’. ‘No me será fácil, no puedo beber tanto café como tú coñac’. ‘Si vivimos juntos y con caja común, con el tiempo

beberás tanto como yo”.

Tras contarle esto al señor Heller y muerto como estaba Joseph Roth, el vienés no se hizo más rico. “Y yo — nos dice Morgenstern con una tristeza sin adornos— sobreviví en París de mis mil doscientos francos al mes, sin mucho coñac, hasta que fui a parar al campo de concentración”.

(Digamos aquí, a la memoria de Morgenstern, un autor desconocido por el gran público, que en 1941 logró escapar a Marsella, después a Marruecos, a Portugal y finalmente a Nueva York. En todos esos trayectos perdió sus manuscritos. Regresó a Europa una sola vez, en 1950. Todo el sufrimiento, sus momentos de asfixia, sus pérdidas, sus cambios de lengua y de entorno le provocaron una afasia severa. Casi no podía hablar. Murió a mediados de los setenta como un desconocido en Nueva York, pero a partir de los noventa su obra comenzó a editarse de cabo a rabo, saludada por distintas voces críticas que tanto han reconocido a su amigo y hermano, Joseph Roth, muerto antes de tiempo por una lenta y sostenida destrucción voluntaria. Las dos vidas, la del sobrio y la del briago, concluyeron con un argumento distinto pero con un dolor similar).

Para comprender el destino de Roth otra imagen, captada en Berlín en 1932, nos permite apreciarlo en tres



“Así soy realmente: maligno, borracho, pero lúcido”. Joseph Roth, París, noviembre de 1938